

Leer es mi cuento 30

Rapunzel y Pulgarcito

GRIMM / PERRAULT

Ilustrado por
CATALINA SUESCÚN
Y SILVANA GIRALDO

Los cuentos de hadas son tan antiguos como la humanidad; han existido siempre, desde que el hombre aprendiera a comunicarse mediante el lenguaje articulado. Pero fue en Europa, a mediados del siglo XVII, cuando comenzaron a contarse por escrito de manera sistemática... y es que los reyes de las cortes europeas se quejaban de que no hubiera ya quién les contara historias como las que les contaban sus nodrizas cuando eran niños.

Estos dos cuentos de hadas que aquí presentamos, representan la cota más alta a la que llegó la literatura de hadas. Uno de ellos, *Pulgarcito*, posee el refinamiento, la agudeza y la inteligencia de uno de los grandes genios de la literatura francesa... El otro, *Rapunzel*, revela la maestría, la originalidad y la sabiduría de la tradición oral popular, magistralmente captada por los hermanos Grimm.

Rapunzel y Pulgarcito

Leer es mi cuento 30

ISBN: 978-958-5488-75-5





Leer es mi cuento 30

Rapunzel y Pulgarcito

GRIMM / PERRAULT

Ilustrado por
CATALINA SUESCÚN
Y SILVANA GIRALDO



* * *

MINISTERIO DE
CULTURA DE COLOMBIA
Carmen Inés Vásquez
Ministra

MINISTERIO DE
EDUCACIÓN NACIONAL
María Victoria Angulo
Ministra

* * *

AUTORES
Grimm / Perrault

Traducción
Iván Hernández

Editor
Iván Hernández

Ilustradoras
Catalina Suescún
y Silvana Giraldo

Coordinadora editorial
Laura Pérez

Comité editorial
Guíomar Acevedo
María Orlanda Aristizábal
Iván Hernández

* * *

Primera edición, junio 2019

ISBN: 978-958-5488-75-5

Material de distribución gratuita.

Los derechos de esta edición, incluyendo las ilustraciones, corresponden al Ministerio de Cultura; el permiso para su reproducción física o digital se otorgará únicamente en los casos en que no haya ánimo de lucro.

Agradecemos solicitar el permiso escribiendo a:

literaturaylibro@mincultura.gov.co



Rapunzel
* 5 *

Pulgarcito
** 15 **



Rapunzel

Éranse una vez un hombre y una mujer que desde hacía mucho tiempo deseaban en vano tener un hijo; hasta que un día la mujer se dio cuenta que Dios convertiría su deseo en realidad. La pareja tenía una casa con una ventanita trasera, desde donde se divisaba un magnífico jardín, lleno de hermosísimas flores y plantas. Pero el jardín estaba rodeado por un alto muro y nadie se atrevía a entrar en él, pues pertenecía a una bruja que tenía mucho poder y era temida por todos.

Un día se encontraba la mujer recostada en la ventana mirando el jardín, cuando de pronto descubrió una era sembrada con los más hermosos rapónchigos que pueda uno imaginarse. Tenían un aspecto tan fresco y tan verde, que de inmediato se le abrió el apetito y sintió unos deseos locos de comer algunos. El antojo crecía de día en día, y como sabía que no podría probar ninguno, se puso pálida y ojerosa. Entonces el marido se asustó y le preguntó:

—¿Qué te pasa, cariño mío?

—Ay —respondió la mujer—, si no consigo comer unos rapónchigos del jardín vecino, moriré.

El hombre, que la quería mucho, se dijo: “Antes de permitir que muera mi mujer, le traeré esos rapónchigos, cueste lo que cueste”.



Al caer la noche, se encaramó al muro y saltó al jardín; cogió a las volandas un manojo de rapónchigos y se los llevó a su mujer. Ella preparó de inmediato una ensalada y se la comió con avidez. Pero le gustaron tanto, que al día siguiente amaneció con un deseo tres veces mayor. Si el marido quería que su mujer tuviera sosiego, no le quedaba pues otro remedio que saltar de nuevo al jardín. Así que a la noche siguiente volvió a trepar el muro, pero cuando descendía por el otro lado se llevó un susto de muerte, pues se encontró con la bruja cara a cara.

—¿Cómo se te ocurre —dijo ella con expresión furiosa— entrar en mi jardín y robarme, como un ladrón, mis rapónchigos? Eso me lo pagarás.

—Ay, sé buena conmigo —respondió el hombre—, solo una necesidad extrema me ha llevado a hacerlo; mi mujer vio los rapónchigos desde la ventana y sintió unos deseos tan intensos de comerlos, que si no se los hubiera traído habría muerto.

Entonces se aplacó la ira de la bruja, y ésta dijo:

—Si es cierto lo que me has dicho, dejaré que tomes cuantos rapónchigos quieras, con una sola condición: deberás darme el niño que dé a luz tu mujer. Tendrá todo lo que necesite y yo cuidaré de él como una madre.


El hombre, muerto de miedo, dijo que sí a todo; y cuando su esposa dio a luz una hija, se presentó de inmediato la bruja, puso a la niña el nombre de Rapunzel y se la llevó.

Rapunzel era la niña más hermosa del mundo. Cuando cumplió doce años, la bruja la encerró en una torre en la mitad del bosque, que no tenía puerta ni escalera; tan solo una pequeña ventana en la parte más alta. Cuando la bruja quería subir a visitarla, gritaba desde abajo:

¡Rapunzel, Rapunzel!

Suéltame tu pelo.

Rapunzel tenía un magnífico cabello, resplandeciente como el oro. Cuando oía la voz de la bruja, se soltaba las trenzas, las ataba en un gancho de la ventana y los cabellos caían unos veinte metros, hasta llegar al suelo. Entonces la bruja trepaba por ellos.



Uno o dos años después sucedió que el hijo del Rey cabalgaba por el bosque y acertó a pasar cerca de la torre. De pronto oyó un canto tan dulce y melodioso, que se detuvo a escucharlo. Era Rapunzel, quien entretenía su soledad cantando con su hermosa voz.

El hijo del Rey quiso ascender al lugar de donde la voz procedía, pero, aunque buscó la puerta de la torre, no encontró nada. Volvió cabalgando a casa, pero el canto había conmovido de tal forma su corazón, que todos los días iba al bosque para escucharlo. Hasta que un día, hallándose escondido detrás de un árbol, vio que una bruja se acercaba, y que gritaba:

¡Rapunzel, Rapunzel!

Suéltame tu pelo.


Rapunzel se soltó las trenzas y la bruja trepó por ellas. “Si esta es la escalera por la que se sube, mañana probaré fortuna”, se dijo.

Al día siguiente, al caer la noche, se llegó hasta la torre y gritó:

¡Rapunzel, Rapunzel!

Suéltame tu pelo.

Inmediatamente el cabello descendió y el hijo del Rey trepó por él. En un primer momento Rapunzel se asustó mucho al ver entrar un hombre, porque jamás había visto



ninguno. Pero el hijo del Rey comenzó a hablarle muy amistosamente y le contó que había quedado tan turbado por su canto, que desde entonces no había tenido sosiego, y que no había resistido el deseo de verla.

Entonces Rapunzel dejó de tener miedo y cuando él le preguntó si lo tomaría por esposo, y ella vio que él era joven y apuesto, pensó: “Él me querrá más que lo que me quiere la vieja señora Gothel”; y le respondió que sí, y posó su mano sobre la de él. Y agregó:

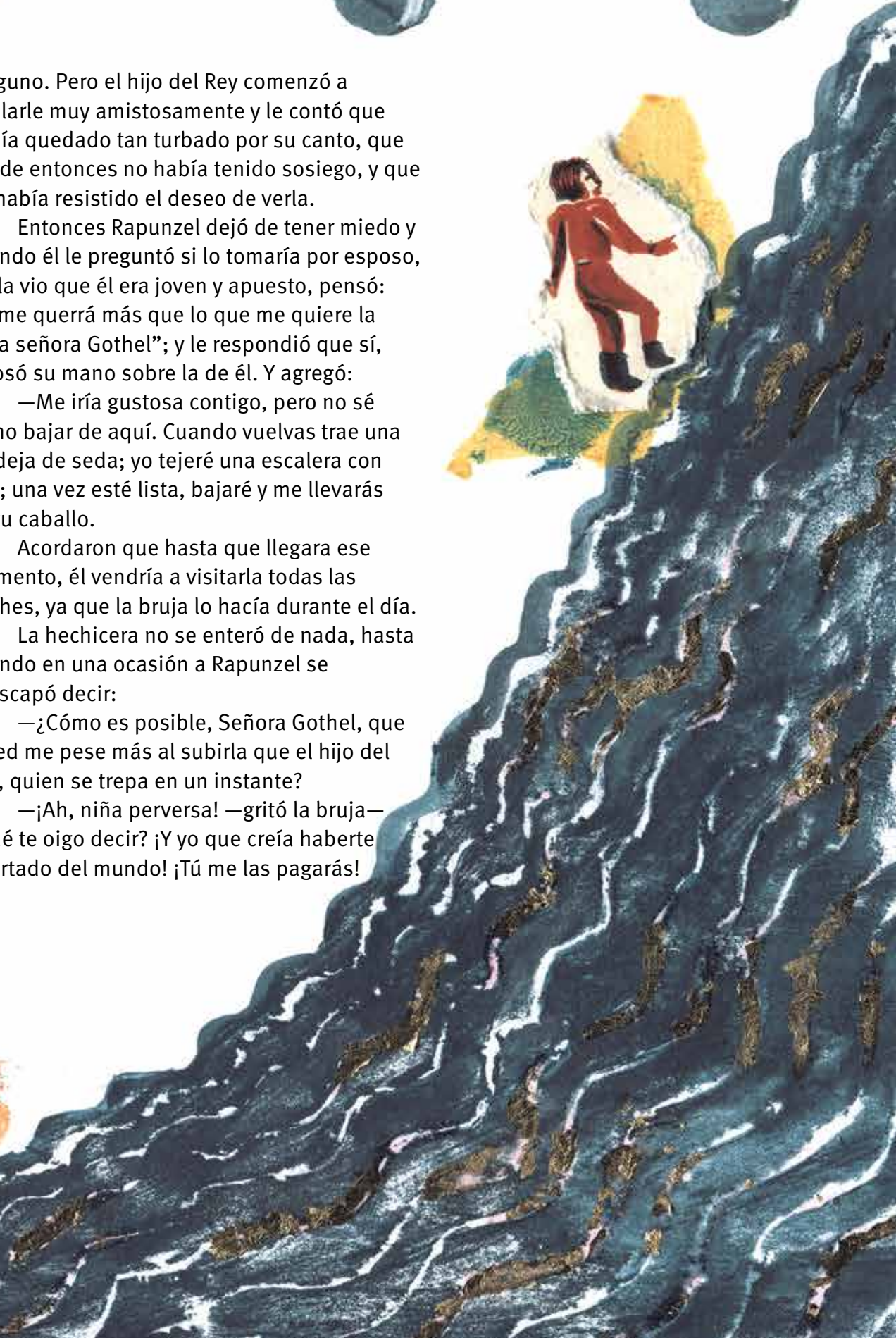
—Me iría gustosa contigo, pero no sé cómo bajar de aquí. Cuando vuelvas trae una madeja de seda; yo tejeré una escalera con ella; una vez esté lista, bajaré y me llevarás en tu caballo.

Acordaron que hasta que llegara ese momento, él vendría a visitarla todas las noches, ya que la bruja lo hacía durante el día.

La hechicera no se enteró de nada, hasta cuando en una ocasión a Rapunzel se le escapó decir:

—¿Cómo es posible, Señora Gothel, que usted me pese más al subirla que el hijo del Rey, quien se trepa en un instante?

—¡Ah, niña perversa! —gritó la bruja— ¿Qué te oigo decir? ¡Y yo que creía haberte apartado del mundo! ¡Tú me las pagarás!





En su ira cogió las hermosas trenzas de Rapunzel, les dio varias vueltas con su mano izquierda, tomó unas tijeras con la derecha y ¡zis, zás! Las cortó sin pensarlo; y los hermosos cabellos rodaron por el suelo. Luego, fue tan malvada, que llevó a la pobre Rapunzel a un desierto, donde ella tuvo que vivir pobre y afligida.

El mismo día en que sacó a Rapunzel de la torre, al atardecer la bruja ató la trenza en el gancho de la ventana; así que cuando llegó el hijo del Rey, este gritó:

¡Rapunzel, Rapunzel!
Suéltame tu pelo.

La bruja lo dejó caer. El hijo del Rey trepó por él; pero arriba no encontró a su amada, sino a la bruja, que lo miraba con ojos perversos y venenosos.

—Ajá —gritó sarcástica— vienes en busca de tu queridita. Pero el lindo pajarillo ya no canta más en su nido. El gato la ha pillado, y ahora te sacaré a ti los ojos. ¡Has perdido a Rapunzel, y jamás volverás a verla!

Enloquecido de dolor, el príncipe se dejó caer de lo alto de la torre. Aunque no murió, los espinos sobre los que cayó se le clavaron en los ojos. Entonces, ciego, vagó por el bosque, comiendo solo raíces y bayas, lamentándose y llorando la pérdida de su querida esposa.

El príncipe vagó por el mundo durante algunos miserables años, hasta que fue a parar al desierto donde Rapunzel vivía afligida con los mellizos (niño y niña) que había dado a luz. Un día, el príncipe oyó una voz que le sonó familiar, y se acercó al lugar de donde procedía; al llegar Rapunzel lo reconoció, se echó en sus brazos y rompió a llorar. Dos de sus lágrimas cayeron en los ojos de su amado, que de inmediato recobraron la luz, de modo que pudo ver igual que antes. Llevó a Rapunzel a su reino, donde fue recibido con gozo inmenso, y vivieron muchos años, felices y contentos.



hol construido en 1927 co
o color



Pulgarcito

15

Había una vez un leñador y una leñadora que tenían siete hijos, todos varones. El mayor no tenía más de diez años y el menor solo siete. La gente se asombraba de que el leñador tuviese tantos niños en tan poco tiempo, pero es que a su mujer le gustaban mucho los niños, y no se conformaba con menos de dos cada vez.

Como eran muy pobres, los siete niños les resultaban una carga muy pesada, pues ninguno de ellos podía aún ganarse la vida. Pero lo que más los afligía era que el más pequeño era muy delicado y no hablaba palabra, de modo que sus padres tomaban por estupidez la bondad de su espíritu. El niño era muy pequeño, y cuando vino al mundo apenas medía lo que el dedo pulgar, por lo que lo llamaban Pulgarcito.

El pobrecito era la víctima de todo lo que sucedía en la casa, y culpable ó no, todo lo malo recaía sobre él. Sin embargo, era más listo y sabio que sus hermanos juntos, y aunque hablaba poco, oía y pensaba mucho.

Vino un año muy malo, y la hambruna fue tanta que aquella pobre gente decidió deshacerse de sus hijos. Una noche, mientras los niños dormían, y el leñador y su mujer estaban sentados junto al fuego, el leñador dijo, con el corazón atravesado por el dolor:

—Ya ves que no podemos alimentar a nuestros hijos; yo no soy capaz de verlos morir ante mis ojos; he decidido, pues, llevarlos al bosque y abandonarlos, lo cual será muy fácil: cuando estén entretenidos recogiendo leña, huiremos y los dejaremos sin que se den cuenta.

—¡Ay! —exclamó la esposa—, ¿Tendrás valor suficiente para llevar los niños contigo y luego abandonarlos?

En vano el leñador le hizo ver la gran pobreza en que se hallaban: ella no aceptaría; aunque pobre de remate, era su madre. Sin embargo, imaginando el dolor que sentiría al verlos morir de hambre, al fin consintió y fue a acostarse llorando.

Pulgarcito había escuchado todo, pues al enterarse de que sus padres hablaban de asuntos serios, se levantó con sigilo y se deslizó bajo el taburete de su padre, de modo que pudo escucharlos sin ser visto. Luego volvió a su cama, pero no pudo pegar ojo en el resto de la noche, pensando en qué podría hacer.

Muy temprano en la mañana se levantó; fue a la orilla de un riachuelo y se llenó los bolsillos de piedritas blancas; luego, volvió a la casa.

Salieron, pero Pulgarcito no contó a sus hermanos ni una sílaba de lo que sabía. Llegaron a un bosque muy espeso, tanto que a diez pasos no se veían unos a otros. El leñador se puso a trabajar y sus hijos a recoger ramitas para reunirlos en haces. El padre y la madre, viéndolos tan ocupados trabajando, se alejaron con cautela, y luego huyeron por un pequeño sendero a través del bosque.

Cuando los niños se vieron solos, se pusieron a llorar con todas sus fuerzas. Pulgarcito los dejó que lloraran, pues sabía cómo podrían regresar a casa: mientras caminaban alejándose del hogar, él había dejado caer los pequeños guijarros blancos que llevaba en los bolsillos. Así que les dijo:

—No temáis, hermanos; papá y mamá nos han abandonado, pero yo os llevaré de nuevo a casa; seguidme solamente.



Ellos lo siguieron, y Pulgarcito los condujo hasta la casa por el mismo camino por el que se habían internado en el bosque. Al principio no se atrevieron a entrar, sino que se sentaron a la puerta, desde donde podían escuchar lo que su padre y su madre conversaban.

En el momento en que el leñador y la leñadora regresaron a la casa, el señor del pueblo les envió diez escudos que les debía desde hacía algún tiempo, y con los que no contaban. Aquel dinero les devolvió la vida, pues los pobres estaban muertos de hambre. El leñador mandó de inmediato a su mujer a la carnicería, y puesto que hacía mucho tiempo que no comían, ella compró tres veces más carne de la necesaria para la cena de dos. Cuando estuvieron hartos, la leñadora dijo:

—¡Ay! ¿Dónde estarán ahora nuestros niños? ¡Cómo habrían gozado con esto que nos sobra! ¡Y has sido tú, Guillermo, quien ha querido abandonarlos! Te dije que nos arrepentiríamos. ¿Qué harán ahora en el bosque? ¡Ay! ¡Dios mío, los lobos se los habrán comido! ¡Qué inhumano eres! ¡Haber abandonado así a tus hijos!

El leñador al fin se salió de casillas, pues ella repitió más de veinte veces eso de que se arrepentirían, que ella se lo había advertido. La amenazó pues con darle una paliza si no se callaba. No es que el leñador no estuviera, tal vez, tan afligido como su esposa, sino que ella lo iba a enloquecer con la cantinela; además, a él le pasaba lo que a otras gentes, que gustan de las mujeres que tienen la razón, pero que encuentran muy inoportunas las que siempre tienen la razón.

Le leñadora seguía repitiendo bañada en lágrimas:

—¡Ay! Mis niños, mis pobres niños ¿Dónde estarán ahora?

En una ocasión gritó tan fuerte que los niños, que tenían pegado el oído a la puerta, la oyeron y contestaron en coro:

—¡Aquí estamos, aquí estamos!

La mujer corrió inmediatamente a abrirles la puerta, y mientras los abrazaba, les decía:

—¡Qué contenta estoy de volver a veros, queridos niños! Estáis cansados y hambrientos; y tú, mi pobre Pedro, cómo te has embarrado, ven yo te lavo. (Debéis saber que Pedro era el mayor, su preferido, pues como ella, era un poco pelirrojo).



Se sentaron a la mesa y comieron con tal apetito que el padre y la madre estaban felices viéndolos. Los niños hablaban todos a la vez, contando el miedo que habían sentido en el bosque. La pareja no cabía de gozo al tener otra vez a sus hijos con ellos. Pero esa alegría duró tan solo lo que duraron los diez escudos; pues cuando la plata se acabó, los esposos se entristecieron de nuevo, así que resolvieron abandonarlos otra vez; y para no fallar el golpe, llevarlos aún más lejos que en la primera ocasión.

A pesar del sigilo con que hablaron, otra vez fueron escuchados por Pulgarcito, quien decidió arreglárselas también ahora; pero aunque se levantó muy temprano para recoger las piedrecitas, no pudo hacerlo, ya que encontró la puerta cerrada con doble llave. Pulgarcito no sabía qué hacer, pero cuando el leñador le dio a cada uno un pedazo de pan para el desayuno, pensó que el pan podría servirle tanto como los guijarros, si dejaba caer las migas a lo largo del camino. Guardó pues el pan en el bolsillo.

Sus padres los llevaron al lugar más espeso y oscuro del bosque, y una vez allí tomaron un atajo y los abandonaron. Pulgarcito no se preocupó demasiado, pues confiaba en encontrar el camino con la ayuda de las migas que había dejado caer. ¡Pero qué sorpresa se llevó cuando no logró encontrar ni una sola: los pájaros habían venido y se las habían comido! Así que ahí los tenemos muy afligidos: mientras más andan, más se extravían, más y más se internan en el bosque.

Llegó la noche y con ella se elevó un ventarrón que les produjo un miedo espantoso; les parecía oír los aullidos de los lobos que se acercaban para comérselos. Tampoco se atrevían a hablar, ni a volver la cabeza. Al viento siguió un aguacero que les caló los huesos; a cada paso se deslizaban y caían en el fango, de donde se levantaban completamente embarrados, sin saber qué hacer con las manos.

Pulgarcito trepó entonces a un árbol para ver si divisaba algo; luego de mirar a un lado y a otro, vio una lucecita tenue como de una candela; pero estaba muy lejos, más allá del bosque. Descendió del árbol, y una vez en tierra no vio nada; eso lo desconsoló. Sin embargo, luego de marchar con sus hermanos en la dirección en que había visto la luz, al salir del bosque la vio de nuevo.



Al fin llegaron a la casa de dónde provenía la luz, no sin pasar antes mucho miedo, pues bastaba que descendieran un poco para que la perdieran de vista. Llamaron a la puerta y una buena mujer vino a abrirles. Les preguntó qué deseaban; Pulgarcito le respondió que eran unos pobres niños que se habían perdido en el bosque; que le pedían, por caridad, les permitiera pasar la noche allí.

La mujer, viéndolos tan bonitos, se echó a llorar y les dijo:

—¡Ay, mis pobres niños! ¿De dónde habéis llegado? ¿No sabéis que esta casa pertenece a un cruel ogro que come niños?

—¡Ay, señora! —le respondió Pulgarcito, temblando tanto como sus hermanos—. ¿Qué haremos? Seguro que los lobos del bosque no dejarán de comernos esta noche si no nos recibís en vuestra casa; y siendo así, preferiríamos que fuera el señor quien nos comiera; quizás, si vos intercedéis, él se apiade de nosotros.

La mujer del ogro creyó que podría ocultarlos hasta la mañana siguiente, así que los hizo entrar y los llevó a calentarse al lado de una buena estufa, en lo que estaba asando un cordero entero para la cena del ogro.

Cuando empezaban a calentarse, oyeron tres o cuatro golpes en la puerta: era el ogro que llegaba. A las carreras la mujer los escondió debajo de la cama y fue a abrir la puerta. De inmediato el ogro le preguntó si la cena estaba lista y si había sacado el vino; luego, se sentó a la mesa. El cordero estaba todavía sangrando, y por eso le gustó mucho. Sin embargo, olfateaba a derecha e izquierda, diciendo:

—Me huele a carne fresca.



—¿No será el olor a la ternera que acabo de matar y de adobar?
—dijo la mujer.

—Te repito que me huele a carne fresca —prosiguió el ogro,
mirando a su mujer de reojo—, y aquí hay algo que no entiendo.

Y diciendo estas palabras, se levantó de la mesa y se fue derecho a
la cama.

—¡Ah! Conque querías engañarme, maldita mujer. ¡No sé por qué no
te como también a ti! ¡Tienes suerte de ser una bestia vieja! Me caen de
perlas estas piezas de cacería, con las que convidaré tres ogros amigos,
que vendrán a verme en estos días.

Y diciendo esto los fue sacando de la cama uno por uno. Los pobres
niños se pusieron de rodillas y le pidieron perdón; pero en ese momento
trataban con el más cruel de los ogros, el cual, lejos de apiadarse de los
niños, quería comérselos ya con los ojos, mientras decía a su mujer que
de los niños saldrían unas buenas lonjas de carne, que ella prepararía
con una salsa deliciosa. Luego el ogro tomó un cuchillo muy grande, y
mientras se acercaba a los pobres niños, lo amolaba contra una larga
piedra que sostenía en su mano izquierda. Ya había agarrado a uno,
cuando su mujer le dijo:

—¿Qué necesidad tenéis de hacerlo ahora? ¿No será mejor que lo
dejes para mañana?

—¡Cállate! Así estarán más tiernos.

—Pero si tenéis carne de sobra: un ternero, dos corderos y la mitad
de un cerdo.



—Tienes razón —dijo el ogro—. Dales de cenar a fin de que no
adelgacen, y llévalos a dormir.

La buena mujer se puso muy contenta y les sirvió una cena muy
rica, pero los pobres estaban tan asustados que no pudieron probar
bocado. En cuanto al ogro, se sentó a beber, muy satisfecho de pensar
en el manjar con que agasajaría a sus amigos. Se bebió una docena de
copas (más de lo ordinario), por lo que se sintió un poco mareado y se
vio obligado a irse a la cama.

El ogro tenía siete hijas, aún niñas. Las pequeñas crecían muy
bien, pues al igual que su padre comían la carne casi cruda. Tenían los
ojos grises pequeños y redondos, la nariz ganchuda, y una boca muy
grande con dientes largos, afilados y separados los unos de los otros.
Todavía no eran muy perversas; sin embargo prometían mucho, pues
ya mordían a los niños pequeños para chuparles la sangre.

Las habían acostado temprano, y cada una llevaba
sobre la cabeza una corona de oro. En la alcoba había además una
cama del mismo tamaño; en ella, la mujer del ogro acostó a las siete
pequeñas; luego, fue a acostarse al lado de su marido.

Pulgarcito, quien había reparado que las hijas del ogro llevaban
coronas de oro sobre la cabeza, y temiendo que al padre le entraran
remordimientos por no haberlos degollado, se levantó a media noche,
y tomando las gorras de sus hermanos y el suyo, fue muy despacito
y se los puso a las siete pequeñas ogresas, luego de quitarles las
coronas de oro; puso entonces las coronas en las cabezas de sus
hermanos y en la suya; todo esto para que el ogro pensara que ellos
eran sus hijas, y ellas los niños a los que él quería degollar.



Todo resultó tal como Pulgarcito lo había planeado: el ogro se despertó a eso de media noche y pensó que no estaba bien dejar para mañana lo que podía hacer la víspera; así que saltó de la cama, y tomando el gran cuchillo, dijo:

—Vamos a ver cómo están los muy pícaros. No lo pensaremos dos veces.

Subió a tuestas hasta la habitación de sus hijas y se acercó al lecho donde estaban los niños; todos dormían, excepto Pulgarcito, quien sintió pavor cuando el ogro le tocó la cabeza de la misma forma en que había tocado las de sus hermanos. El ogro, al sentir las coronas de oro, dijo:

—¡Pues sí, buena la iba a hacer! Está visto que anoche bebí más de la cuenta.

Se dirigió entonces a la cama de sus hijas, y al tocar los gorros de los niñitos, dijo:

—¡Helos aquí, a los muy pícaros! Manos a la obra.

Y diciendo estas palabras, y sin agregar nada más, cortó sin vacilar el cuello de sus siete hijas.





Muy satisfecho de lo que había hecho, fue a acostarse al lado de su mujer. Tan pronto como Pulgarcito oyó roncar al ogro, levantó a sus hermanos y les pidió que se vistieran a toda prisa y lo siguieran. Bajaron despacito al jardín y saltaron por encima de las tapias. Corrieron casi toda la noche, siempre temblando y sin saber adónde iban.

No bien se despertó, el ogro dijo a su mujer:

—Ve arriba y arregla los bribonzuelos que pasaron aquí la noche.

La ogresa se asombró mucho de la bondad de su marido, sin sospechar qué quería decir él con eso de arreglarlos; creía que el ogro se refería a que los vistiese. ¡Qué terror sintió cuando al subir vio a sus hijas decapitadas y bañadas en sangre!

Empezó por desmayarse (el primer recurso de las mujeres en situaciones semejantes). El ogro, pensando que su mujer se tomaba demasiado tiempo en

cumplir sus órdenes, subió dispuesto a ayudarla. No se sorprendió menos que su mujer al ver el horroroso espectáculo:

—¡Ay! ¿Qué he hecho? ¡Me las pagarán esos desgraciados, y ahora mismo!

Lanzó enseguida un jarro de agua a la cara de su mujer, y cuando ella volvió en sí, le dijo:

—Dadme pronto mis botas de siete leguas. Voy a atraparlos.

Se puso en camino, y luego de haber corrido en todas direcciones, por fin llegó al sendero por el que marchaban los niños, quienes estaban a escasos cien pasos de la casa de sus padres. Los niños vieron al ogro saltar de montaña en montaña y cruzar ríos como si se tratara de pequeños arroyos. Pulgarcito, al ver una roca hueca cerca del lugar donde estaban, se escondió allí con sus hermanos, sin dejar de espiar al ogro.



El ogro, muy cansado del largo camino recorrido inútilmente (pues las botas de siete leguas fatigan mucho a quien las lleva), quiso descansar, y, por casualidad, se sentó encima de la roca en la que estaban escondidos los niños. Como se hallaba muerto de cansancio, se durmió de inmediato; roncaba tan espantosamente que los niños sintieron el mismo terror que cuando llevaba en la mano el gran cuchillo para cortarles la garganta.

Pulgarcito no tuvo tanto miedo, y aconsejó a sus hermanos que aprovecharon que el ogro dormía profundamente para huir a casa, y que no se preocuparan por él. Los niños siguieron su consejo y muy pronto llegaron a su casa.

Pulgarcito, habiéndose acercado al ogro, le quitó con mucho cuidado las botas y se las puso al instante. Las botas eran muy grandes y muy anchas; pero como eran botas mágicas, tenían el don de agrandarse o empequeñecerse según el pie de quien las calzara, de modo que se ajustaban a sus pies y a sus piernas como si hubieran sido hechas sobre medida. Se dirigió entonces a la casa del ogro, donde encontró a la mujer llorando amargamente la pérdida de sus hijas degolladas.

—Vuestro marido —le dijo Pulgarcito— corre un gran peligro; ha caído en manos de una banda de ladrones, quienes han jurado matarlo si no les entrega todo su oro y toda su plata. En el momento en que ya le tenían puesto el cuchillo en la garganta, me vio y me pidió que viniera a avisaros de la situación en que se encuentra, y a pedirnos que me déis todo lo que tengáis de valor, sin guardar nada, pues de lo contrario lo matarán sin misericordia. Como la cosa era tan urgente, me ha prestado sus botas de siete leguas, como podéis ver; y también para que no creáis que soy un impostor.

La buena mujer, muy asustada, le dio todo lo que tenía, pues el ogro, aunque comía niños pequeños, no dejaba de ser un buen marido. Pulgarcito, cargando con todo el dinero del ogro, regresó a casa de sus padres, donde fue recibido con mucha alegría.

Hay gentes que no están de acuerdo con esta última circunstancia, y que pretenden que Pulgarcito no llegó a robar al ogro; que, en realidad, no tuvo escrúpulos en adueñarse de las botas de siete leguas, ya que éstas solo le servían para perseguir a los niños pequeños. Estas gentes aseguran saberlo de buena fuente, e incluso hablan de que comieron y bebieron en casa del leñador. Cuentan que cuando Pulgarcito se hubo calzado las botas del ogro, se fue a la corte, donde se enteró de que allí estaban muy preocupados por la suerte de un ejército que se hallaba a doscientas leguas del reino, y por el resultado de una batalla que ese ejército había librado. Dicen que fue a visitar al rey, y le comentó que, si quería, le traería noticias del ejército ese mismo día.

El rey prometió una gruesa suma de dinero si lo conseguía. Pulgarcito cumplió su promesa, y le trajo noticias esa tarde; y habiéndose hecho conocer por ese encargo, ganaba cuanto quería, pues el rey le pagaba muy bien por llevar sus órdenes a los ejércitos. Después de haber desempeñado durante algún tiempo el oficio de correo y de haber amasado una buena fortuna, Pulgarcito regresó a casa de su padre, donde no es difícil imaginar cómo se alegraron con su regreso: ayudó a la familia, compró cargos de nobleza para su padre y para sus hermanos, y así los fue estableciendo muy bien, sin descuidar para nada su propio futuro.



Títulos de la serie LEER ES MI CUENTO

Leer es mi cuento 1

De viva voz **Relatos y poemas** **para leer juntos**

Selección de relatos y poemas de antaño de los Hermanos Grimm, Charles Perrault, Félix María de Samaniego, Rafael Pombo, José Manuel Marroquín, Federico García Lorca, Rubén Darío, Víctor Eduardo Caro.

Leer es mi cuento 2

Con Pombo y platillos

Cuentos pintados de Rafael Pombo.

Leer es mi cuento 3

Puro cuento

Selección de cuentos tradicionales de Hans Christian Andersen, Alexander Pushkin, Joseph Jacobs, Oscar Wilde, los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 4

Barbas, pelos y cenizas

Selección de cuentos de Charles Perrault y los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 5

Canta palabras

Selección de canciones, rondas, poemas, retahílas y repeticiones de antaño.

Leer es mi cuento 6

Bosque adentro

Cuentos de los Hermanos Grimm.

Leer es mi cuento 7

De animales y de niños

Cuentos de María Eastman, Rafael Jaramillo Arango, Gabriela Mercedes Arciniegas Vieira, Santiago Pérez Triana, Rocío Vélez de Piedrahíta.

Leer es mi cuento 8

En la diestra de Dios Padre

Cuento de Tomás Carrasquilla.

Leer es mi cuento 9

Ábrete grano pequeño

Adivinanzas de Horacio Benavides.

Leer es mi cuento 10

El Rey de los topos y su hija

Cuento de Alejandro Dumas.

Leer es mi cuento 11

Los pigmeos

Cuento de Nathaniel Hawthorne.

Leer es mi cuento 12

El pequeño escribiente florentino

Cuentos de Edmundo de Amicis.

Leer es mi cuento 13

Don Quijote de la Mancha

Capítulos I y VIII. Miguel de Cervantes.

Leer es mi cuento 14

Romeo y Julieta

William Shakespeare (versión de Charles y Mary Lamb).

Leer es mi cuento 15

El patito feo

Cuento de Hans Christian Andersen.

Leer es mi cuento 16

Meñique

Cuento de José Martí

Leer es mi cuento 17

Cuentos de Las mil y una noches

Selección de cuentos de Las mil y una noches.

Leer es mi cuento 18

Cuentos de la selva

Cuentos de Horacio Quiroga.

Leer es mi cuento 19

Poesía en español

Selección de algunos de los mejores poemas de la lengua española.

Leer es mi cuento 20

El diablo de la botella

Novela breve de Robert Louis Stevenson.

Leer es mi cuento 21

Fábulas

F. M. Samaniego.

Leer es mi cuento 22

La bella y la bestia

Jeanne Marie Leprince de Beaumont

Leer es mi cuento 23

Por qué el elefante tiene la trompa así

Rudyard Kipling.

Leer es mi cuento 24

Canciones, rondas, nanas, retahílas y adivinanzas

Leer es mi cuento 25

Aventuras de Ulises

Homero. Versión de Charles Lamb.

Leer es mi cuento 26

Don Juan Bolondrón

Folclor español. Fernán Caballero.

Leer es mi cuento 27

Memorias de un abanderado

José María Espinosa.

Leer es mi cuento 28

Espadas son triunfos

Manuel Uribe Ángel.

Leer es mi cuento 29

Cantos populares de mi tierra

Candelario Obeso.

Leer es mi cuento 30

Rapunzel y Pulgarcito

Grimm / Perrault.

Leer es mi cuento 31

Las travesuras de Naricita

Monteiro Lobato.

Leer es mi cuento 32

La gata blanca

Madame d'Aulnoy.

Usted puede leer los libros digitales de esta serie en:
www.maguare.gov.co